



Antonio Ungar tiene 36 años, cuenta con dos libros de cuentos y tres novelas, la última 'Tres ataúdes blancos', reconocida con 18.000 euros. Actualmente vive en Palestina con su esposa Zahiye y sus dos hijos, etc

Érase un país llamado Miranda

Con un irónico retrato de la política latinoamericana, el escritor
Antonio Ungar ganó el prestigioso Premio Heralde de Novela.

María Paulina Ortiz
Redacción EL TIEMPO

"Necesito la energía de Colombia. Pero hay algo aquí que cada vez me cuesta más trabajo soportar y me parece terrible: eso de pensar que es normal comer mierda".

Antonio Ungar
ESCRITOR
COLOMBIANO

Por estos días (pero no por mucho tiempo) Antonio Ungar está viviendo en Bogotá. Dentro de pocas semanas su casa será de nuevo Palestina. Por estos (y quizá él espere que no sea por mucho tiempo) Ungar ha contestado entrevistas, posado para fotos, hablado más de lo que le gusta. Y todo eso porque este escritor, tímido consumado, ganó hace tres semanas el Premio Heralde de Novela, uno de los galardones más apetecidos por los narradores de habla hispana. Su libro *Tres ataúdes blancos* fue elegido entre casi trescientos manuscritos. "Es una novela que propone un juego literario complejo y fascinante y consagra indiscutiblemente a uno de los autores mayores de su generación en lengua española", opinó el jurado.

La novela narra la historia de un tipo de 35 años, medio antisocial, que pasa sus días tomando vodka y vive con su papá en un barrio de clase media de la capital de un país llamado Miranda. Un día, este hombre sale a comprar el pan del desayuno a la una de la tarde y se entera de que el candidato de la oposición —el único que podría quitarle el poder al presidente en ejercicio, "señor del Cielo y de la Tierra"— ha sufrido un atentado. Sucede que este solitario es parecido físicamente al líder de izquierda muerto y terminan forzándolo a suplantarle con el fin de ganar las elecciones y tumbar el régimen totalitario.

"La idea era contar estos últimos años de Colombia, y de la región, pero con humor. Hacerlo en serio no funcionaba, porque todo ha sido tan trágico que habría quedado muy cargado. No sé. Se me ocurrió ese personaje y esa historia", cuenta Ungar, con esa forma de hablar tranquila, reposada, casi sin ganas.

Este es su quinto libro, después de dos de cuentos —*Trece cirios comunes* (1999), *De ciertos animales tristes* (2000)— y dos novelas —*Zanahorias voladoras* (2003) y *Las orejas del lobo* (2004)—. En estos textos Ungar exploró su infancia y su adolescencia y probó formas narrativas que a veces le resultaron bien y otras no tanto. El libro que le mereció el premio, en cambio, muestra un salto en su creación. "No fue algo consciente al escribirlo —dice el autor—. Pero cuando lo acabé sí me di cuenta de ese cambio, de que primero había tendido que saltar cuentas con cosas más para después poder ver el país". Pudo verlo, además, porque estaba lejos y en un mundo distinto: Palestina.

Bogotano de 36 años, Antonio Ungar tiene el sangre judía de parte de su padre y co-

lombiana (santandereana, Ronderos) por el lado materno. Su apellido es conocido en el mundo libresco: su abuelo, Hans Ungar, fue el creador y dueño de la Librería Central, que aún está abierta en Bogotá. Antonio nació entre libros y tal vez eso lo hizo empezar a pensar distinto: sus papás lo matricularon en el Colegio Andino, pero él mismo pidió que lo cambiaran porque no soportaba su ambiente clasista ("demasiado rico todo el mundo, la competencia era por la marca de los carros", cuenta). Habría podido estudiar con beca en los Andes (por tener familiares profesores), pero él se matriculó en la Nacional. Se graduó de arquitecto y trabajó cuatro años en esa área. Pero la literatura ya estaba en su cabeza. De hecho, estuvo desde una temporada que tuvo que pasar en cama a los 19 años le dio hepatitis y, para pasar el tiempo, en lugar de ver televisión, empezó a escribir cuentos sin parar. "Desde ahí quedé enganchado", dice.

Otra constante en Ungar (además de su aversión al círculo social/intelectual) ha sido viajar. Antes de graduarse vivió un año en el Orinoco colaborando en programas sociales. Ha tenido su casa en México, Barcelona, Estados Unidos —donde conoció a su esposa Zahiye (musulmana y escritora también) con quien tiene dos hijos. Con ella ha vivido en Jaffa, sur de Tel Aviv.

A Colombia vuelve, pero siempre se va. "Es raro. Necesito la energía de Colombia, de mi familia, la calle, la naturaleza. Pero hay algo en la mentalidad de aquí que cada vez me cuesta más trabajo soportar y me parece terrible: eso de pensar que es normal comer mierda, esa aceptación de todo. Me la paso peleando contra eso y se me va mucha energía. Me desgasta. ¡Hasta me meto en foros de Internet a quejarme! Aquí es imposible pensar en tener tres o cuatro horas diarias para escribir".

—Es arquitecto. ¿Le sirve esa formación profesional a la hora de escribir?

—Creo que sí. La arquitectura tiene una cosa muy chévere y es que se acostumbra a no leer de izquierda a derecha, en un solo sentido, sino que ve varios planos simultáneos. Es bueno para escribir textos largos. Da una idea de la estructura y ejercita la mente para armar todo un mapa.

Su conexión con la arquitectura no termina ahí. De hecho, *Tres ataúdes blancos* lo envió al concurso bajo el seudónimo "Loos", en honor del arquitecto Adolf Loos. "Es el padre de la arquitectura moderna", afirma Ungar. "El dijo que cualquier adorno es superfluo y todo tiene que ser mínimo. Eso intento en mis textos".

Cualquier parecido...

LA NOVELA ES UNA SÁTIRA A LA REALIDAD POLÍTICA

Estamos en un país de nombre Miranda con un presidente tan bajo como enorme su ego y ansias de poder. Es ficción. Es la novela *Tres ataúdes blancos*. Y si la novela fuera solo eso, sería aburridísima. Pero también está el humor que siempre suelen tener las historias de Ungar, y varios personajes que por su carácter se van ganando página a página el afecto del lector. También tiene suspense, historia de amor y un final abierto que cada quien interpretará como lo sienta. Lo mejor es la mirada irónica a una realidad tan cruda como la de ese país [que puede ser Colombia, o por ahí otro latinoamericano]. Lo único que se siente es que, cuando los sucesos comienzan a desenvolverse a toda velocidad, el humor desaparece. Pero es un buen premio, para un buen libro.



—¿Cómo armó *Tres ataúdes blancos*?

—Me eché tres años escribiéndolo. Resultó como de 300 páginas, pero era un borrador mucho más largo. Siempre me pasa lo mismo: escribo más largo de lo que termina publicado. Mi proceso es hacer un primer manuscrito, dejarlo quieto unos meses (lo más que puedo para reducir, y una tercera que es casi sólo de corrección de estilo.

—No usa diálogos en el libro. ¿Es porque no le gusta o porque no le salen bien?

—Soy malísimo para ellos. No tengo el talento y admito a los autores a los que les salen bien. Yo prefiero el monólogo.

Cuando Ungar está en medio de la escritura de un cuento o una novela, se concentra únicamente en eso y no lee ni medio libro de otro porque siente que le empieza a afectar su texto. Al terminar, no obstante, siente que en su prosa están presentes de alguna manera los autores que lo han marcado. Como el checo Bohumil Hrabal (*Una soledad demasado ruidosa*), con ese humor suyo tan negro y al mismo tiempo tan trágico. También Auster, Capote y Carver, toda esa línea norteamericana negada al adorno o al regodeo de las palabras.

Cuando Ungar termina un manuscrito, es una hermana y un amigo. "A ellos les agradezco en este libro y les mamo gallo porque me habían dicho que era muy peligroso que me metiera con un tema así".

Se refiere a meterse con la política, a hacer una parodia de un presidente autoritario vinculado con la creación de escuadrones de la muerte; a hablar de una clase política que tapa todo, de un vicepresidente frívolo, de una oposición de izquierda que termina tan llena de vicios como los que critica... En fin. Ya verá el lector qué nombre quiere ponerle a ese país ficticio que en la novela se llama Miranda. "La derecha, tradicionalmente, no tiene humor. Si un político se ve reflejado ahí, se va a poner bravo", dice Ungar, medio inquieto.

—Los medios tampoco se libran de la crítica en el libro. No sólo por superficiales, sino por amargados con el poder.

—Sí. Por ejemplo. En el único que Ungar cita con nombre propio me dedicó un espacio por el premio pero porque la novela no ha salido en España. Ahora no sé cómo será. Es que me da mucha rabia. Tienen unos corresponsales que uno no sabe de qué Colombia hablan en sus notas.

Traducido al alemán y al francés es cuando quedarse en Anagrama (el sello del premio) y no dar más saltos por editoriales, porque ya ha pasado por Norma, Ediciones B y Alfaguara. "Creo que soy muy caprichoso. Siempre hay algo que no me gusta de los editores. Pero espero ya no me sienta. Quietos se queda, también, en mis opiniones sobre sus colegas escritores colombianos: "No me gusta lo que hacen mis contemporáneos. Por ejemplo, la literatura de Juan Gabriel Vásquez me parece correcta, pero no me dice nada. Me gusta la generación intermedia, Evelio Rosero, Tomás González. Y claro, Vallejo. De resto, colombianos, no. Y he intentado leerlos, pero no me producen nada".

Un tipo directo, Ungar.

Y si a *Tres ataúdes blancos* decidió ponerle un final abierto, lo que sí terminó con cierre definitivo fue esta entrevista, justo una hora después de empezar. "Bueno, qué pena, pero me tocó niñear", dice Antonio Ungar ante el llamado de su esposa para que le ayude con los niños (de 3 años el mayor y tres meses la menor). Él se despidió, cordial, tan serio como saludó. De camino hacia la puerta, vemos las paredes de la casa llenas de líneas de crayolas de todos los colores. No son historias de ficción: son dibujos de sus hijos.